

y lo que está abajo se entreabre; la sombra desea convertirse en luz; es el pueblo que viene, es el hombre que sube, es el fin que empieza, es la roja aurora de la catástrofe. Hé aquí lo que contiene la risa que escita vuestras burlas. Londres es una fiesta perpétua; la Inglaterra es una aclamación desde un extremo al otro extremo; pues bien, porque vivís en perpétua fiesta, yo río; porque teneis alegrías públicas, yo río. Provocan mi risa vuestros matrimonios, vuestras consagraciones y coronamientos y el nacimiento de vuestros príncipes, y como que el trueno vá á estallar encima de vosotros y el rayo vá á heriros, me río de vosotros.

Al oír esto lanzó una carcajada toda la Cámara. De todas las lavas que arroja el cráter de la boca humana, la alegría es la más corrosiva: no hay multitud que resista al contagio de hacer mal gozosamente. No todas las ejecuciones se verifican en el patíbulo, y cuando los hombres se reúnen formando muchedumbre ó asamblea, siempre encuentran entre ellos un verdugo preparado: este verdugo es el sarcasmo. No hay suplicio que se pueda comparar con el del miserable que provoca la risa; este era el suplicio que torturaba á Gwynplaine. Las burlas eran ya para él apedreo y metralla; era ya el juguete, el maniquí, la cabeza de turco. Los lores saltaban, pateaban; decían: "Que se repita," sin acordarse ya ni de la majestad del sitio, ni de la púrpura de los trajes, ni del pudor del armiño, ni del infolio de las pelucas. Lo mismo reían los lores, que los obispos y que los jueces. El lord-canciller bajaba la vista como para que no se le viera reír.

Gwynplaine, lívido, cruzado de brazos y rodeado de tantos rostros, jóvenes y viejos, animados por aquel júbilo homérico, entre el torbellino de los aplausos, de los pateos y de los hurras, aplastado por aquel frenesí bufon, en medio de aquella inmensa alegría, parecía la estatua de un sepulcro. Conoció que aquello ya no tenía remedio, y se vió en la imposibilidad de contraer su fisonomía y de adquirir la benevolencia de un auditorio que le insultaba. Nunca estalló con tanto horror la ley eterna y fatal de lo grotesco derribando á lo sublime, de la risa repercutiendo el rugido, de la parodia montándose en las ancas de la desesperación, del contrasentido entre lo que parece y lo que es.

Gwynplaine asistía al quebrantamien-

to definitivo de su destino causado por un estallido de la risa, pero al quebrantamiento irremediable. El que cae se levanta, pero no se levanta el que cae convertido en polvo. Esto no es posible. Según el sitio en que suceden los acontecimientos tienen su resultado; lo que conquistara un triunfo á Gwynplaine en la Green-Box, producía su catástrofe y su caída en la Cámara de los Lores; los aplausos de allí, aquí eran imprecaciones. Gwynplaine se sentía como herido por el reverso de su máscara: por una parte de ella obtenía las simpatías del pueblo, que aceptaba al saltimbanqui, y por la otra el odio de los grandes, que rechazaban á lord Fernando Clancharlie; la atracción por una parte y la repulsión por otra, le arrojaban las dos hácia la oscuridad y se sentía herido por detrás. La suerte tiene sus traiciones.

Cuando la risa loca se apodera de una Asamblea, es ésta como un buque que ha perdido la brújula; ni sabía á dónde navegaba ni lo que hacía. Fué preciso levantar la sesión.

El lord-canciller dijo en voz alta que, en vista del incidente ocurrido, se continuaría votando al día siguiente. La Cámara se disolvió; los lores salieron de ella saludando con reverencia á la silla real. Se oía prolongarse y perderse las risas por los corredores. Las Asambleas, además de las puertas oficiales, tienen entre la tapicería y entre las molduras puertas secretas, por las que se vacían como un vaso por las hendiduras. En pocos minutos la sala se vió desierta.

Ensimismarse pensando, nos aísla de tal modo del mundo, que acabamos por creernos en otro planeta. Gwynplaine salió súbitamente de su ensimismamiento, como si despertase de un sueño. Estaba solo en la sala vacía, y ni siquiera supo que se había levantado la sesión; todos los lores habían desaparecido, hasta sus padrinos; solo quedaban algunos oficiales subalternos de la Cámara, esperando para apagar las luces y cerrar las puertas que se marchase su señoría.

Gwynplaine se cubrió maquinalmente, salió del banco y se dirigió á la gran puerta que abría sobre la galería. Al franquear el semicírculo de la barra, un door-keeper le quitó la toga de par, de lo que apenas se apercibió. Un instante despues se encontraba en la galería.

Los oficiales de servicio que estaban aun allí notaron con asombro que lord Clancharlie salió sin saludar al trono.

VIII.

Sería buen hermano si no fuera buen hijo.

Gwynplaine no encontró á nadie en la galería y atravesó el punto-redondo, en donde no estaban ya los sillones ni las mesas, y en el que ya no quedaban huellas de su investidura. Candelabros y arañas, de trecho en trecho, indicaban el itinerario de la salida. Gracias á su cordon luminoso, pudo encontrar fácilmente, entre el encadenamiento de salones y de galerías, el camino que siguió al llegar con el rey de armas y con el ujier de la vara negra.

De repente, en el silencio de las grandes salas desiertas, oyó voces y palabras claras que llegaban hasta él, produciendo un tumulto extraño en semejantes sitios y de noche. Se dirigió hácia donde sonaba el vocerío y se encontró de pronto en espacioso vestíbulo débilmente alumbrado, que era una de las salidas de la Cámara. Vió ancha puerta acristalada y abierta; un graderío exterior; lacayos y hachas encendidas á la puerta de afuera; distinguió una plaza y algunas carrozas que esperaban debajo de las gradas. De esa parte salía el ruido que oyó.

A la parte de dentro de la puerta, bajo el reverbero del vestíbulo, estaba reunido un grupo tumultuoso que gesticulaba y hablaba, moviendo algarabía. Gwynplaine se aproximó allí, colocándose en sitio oscuro. A una parte había diez ó doce jóvenes lores, que querían salir, y á la parte contraria estaba un hombre, cubierto como ellos, erguido y con la frente alta, que les impedía el paso. Este hombre era Tom-Jim-Jack.

Tom-Jim-Jack llevaba sombrero con plumas, pero no blancas como las de los pares; sino verdes y moteadas de color de naranja; iba galoneado y bordado de piés á cabeza, y manejaba febrilmente con la mano derecha el puño de la espada que ceñía, en cuyo tahalí y vaina brillaban las áncoras de almirante. Este era el que hablaba, apostrofando á los jóvenes lores del modo siguiente, que Gwynplaine oyó:

—Os digo que habeis sido unos cobardes; quereis que retire esas palabras, pues las retiro. No sois cobardes, sois idiotas. Os lanzásteis todos contra uno; eso no es cobardía; qué ha de ser!... Es inepticia. Os hablaron y no comprendísteis lo que os decían, porque aquí los viejos son sordos

de oídos y los jóvenes de inteligencia. Estoy bastante cerca de vosotros para poderos decir la verdad. El nuevo lord es extraño, ha dicho muchas tonterías, convengo en ello, pero os ha dicho muchas verdades. Las dijo de un modo indigesto, es cierto; se repitió muchas veces; pero un hombre que ayer era volatinero en la feria no tiene obligación de hablar como Aristóteles, ni como el doctor Gilbert Burnet, obispo de Sarum. Las sabandijas, los leones, el apóstrofe al sub-abogado, fueron de mal gusto; quién os dice lo contrario? Su discurso es insensato y descosido y sin plan, pero hizo resaltar aquí y allá hechos reales. Demasiado hizo hablando como habló, no siendo ese su oficio; no hubiérais hecho vosotros otro tanto colocados en su lugar; en fin, milores, me parece bajeza que se encarnicen muchos contra uno solo; este es mi modo de pensar, y pido á vuestras señorías permiso para crearme ofendido. Yo, que soy poco creyente, creo en Dios cuando practica buenas acciones, lo que no le sucede todos los días; por lo que me complace ver que ha sacado del fondo de una existencia baja ese par de Inglaterra y ha devuelto su herencia al heredero, y no me inquieta si esto perjudica á mis intereses, pareciéndome que es cosa hermosa ver de pronto la cucaracha convertida en águila y Gwynplaine en lord Clancharlie. Os prohibo, milores, tener otra opinión que la mía, y siento que no esté aquí Lewis de Duras, porque le insultaría con verdadero placer. Milores, Fernando Clancharlie ha sido el lord y vosotros habeis sido los saltimbanquis. De la risa de su semblante no tiene él la culpa, y habeis escarnecido su risa. Nadie debe burlarse de una desgracia; sois necios y necios crueles. Si creéis que no es posible el poder burlarse de vosotros, os equivocais, porque sois cobardes y no sabeis vestiros. Milord Haversham, conocí el otro día á tu querida, que es repugnante. Es duquesa, pero mujer corrida. Señores burlones, repito que quisiera oiros decir en público cuatro palabras seguidas. Creéis saber algo por haber frecuentado la Universidad de Oxford ó de Cambridge, y porque antes de ser pares de Inglaterra habeis sido asnos en los bancos del colegio de Gonewill y de Cains; pues yo os digo cara á cara que habeis estado imprudentes con el nuevo lord. Es monstruo, convengo en ello, pero entregado á bestias; prefiriera yo ser él á ser vosotros. Asistí á la sesión en mi sitio, como here-

dero posible de la pairía, y oí completa la sesión; no tengo derecho á hablar, pero tengo derecho á ser gentil-hombre. Vuestros burlas me incomodaron y por eso vine á esperaros á la salida. Milores, he formado el irrevocable designio de matar á alguno de vosotros, y yo, David Dirry-Moir, uno de los soldados de la marina inglesa, os cito, os requiero y os emplazo para que nombreis padrinos y segundos, y os espero para batirme esta tarde, en seguida, mañana, de día, de noche, en pleno sol, con hachas encendidas, donde, cuando y como os plazca, porque en cualquier parte hay bastante sitio para cruzarse dos espadas; y hareis muy bien en revisar las pistolas y el filo de los estoques, porque abrigo la intencion de dejar vacantes vuestras pairías. Ogle Cavendish, toma tus precauciones y no olvides tu divisa: *Cavendo tutus*. Marmaduke Langdale, debes imitar á tu antepasado Gundold, haciendo que te siga un ataúd. Jorge Booth, conde de Wariagton, no volverás á ver el condado palatino de Chester, ni tu laberinto, que imita al de Creta. Lord Vangham es demasiado joven para decir impertinencias y demasiado viejo para responder de ellas, y yo pediré satisfacción de sus palabras á su sobrino Ricardo Vangham, miembro de los Comunes. A tí, John Campbell, conde de Greenwich, te mataré como Achon mató á Matas, pero de una estocada franca, y no por detrás, porque tengo por costumbre presentar el corazón y no la espalda á la punta de la espada. Está convenido, milores; nos batiremos á pié ó á caballo. Quiero batirme con todos vosotros, lo oís? con todos vosotros. Descansa, conde de Caernarvon, que te haré tragar el acero hasta la empuñadura, y veremos despues, milord, si te ries. Tú, Burlington, que tienes diez y siete años y pareces una doncella, puedes escoger entre el prado de tu palacio de Middlesex y tu hermoso jardin de Londesburg en Yorkshire para que te entierren. Porque advierto á sus señorías que no consiento que nadie se insolente en mi presencia, y porque os insolentásteis os castigaré. Me pareció indecoroso que escarneciésteis á lord Clancharlie, que vale más que vosotros; porque como Clancharlie, es tan noble, y como Gwynplaine, tiene más talento. Hago mia su causa y mia la injuria, porque vuestras risotadas me encendieron en cólera. Veremos quién saldrá vivo de esta lucha, porque os provoqué á todo trance, con toda clase de armas, de todos modos: elegid la muerte que os

plazca, y ya que sois villanós al mismo tiempo que gentiles-hombres, os desafío segun vuestras cualidades, y os propongo cualquiera de los modos que tienen los hombres de matarse; desde la espada, como los príncipes, hasta el boxe, como los galopines.

Al aluvion furioso de palabras de lord David, el grupo altivo de los jóvenes lores respondió sonriendo:

—Convenido.

—Yo elijo la pistola, dijo Burlington.

—Yo, repuso Escrick, el antiguo combate en campo cerrado, con la maza de armas y con el puñal.

—Yo, dijo Holderness, quiero batirme con dos cuchillos, uno largo y otro corto, con los torsos desnudos y cuerpo á cuerpo.

—Lord David, dijo el conde de Thonet, ya que eres escocés, escojo la *claymore* (1).

—Yo la espada, dijo Rockingham.

—Yo, replicó el duque Ralph, prefiero el boxe. Es lo más noble.

Gwynplaine salió de la oscuridad donde estaba oculto y se dirigió hácia el hombre que habia llamado hasta entonces Tom-Jim-Jack y en el que ahora entreveía la nobleza.

—Os doy las gracias, le dijo, pero este asunto me corresponde á mí.

Los jóvenes lores se volvieron hácia Gwynplaine; éste avanzó. Se sentia impulsado hácia el hombre que oía llamar lord David y que era su defensor, quizás más aun. Lord David retrocedió.

—Calla! exclamó lord David. ¡Sois vos! Me alegro, porque tenia tambien que deciros algo. Acabais de hablar hace poco de una mujer, que despues de amar á lord Lineus Clancharlie amó al rey Carlos II.

—Es verdad.

—Pues habeis insultado á mi madre.

—Vuestra madre! gritó Gwynplaine.

En ese caso, ya comprendo... nosotros somos...

—Hermanos, respondió lord David, dando un bofetón á Gwynplaine.

—Somos hermanos, repitió, por lo que podemos batirnos, ya que solo nos batimos con nuestros iguales; ¿quién es más igual á nosotros que un hermano? Os enviaré mis padrinos. Mañana nos batiremos.

(1) Sable escocés.—(N. del T.)

LIBRO NOVENO.

La caída.

I.

A través del esceso de grandeza se llega al esceso de la miseria.

Quando sonaba la media noche en San Pablo, un hombre, que acababa de atravesar el puente de Lóndres, se internaba por las callejuelas de Southwark. No habia reverberos encendidos, porque era costumbre entonces, tanto en París como en Lóndres, apagar el alumbrado público á las once; esto es, suprimir las luces en el momento en que son más necesarias. Las calles estaban, pues, oscuras y desiertas. El hombre caminaba á grandes pasos. Iba extraordinariamente vestido para ir por las calles á semejantes horas. Llevaba traje de seda bordado, espada al cinto y un sombrero con plumas blancas, pero iba sin capa. *Los watchment* (1) que le veían pasar decían:—Será un señor que ha hecho una apuesta; y se separaban de él con el respeto debido á un lord y á una ganancia posible.

Ese hombre era Gwynplaine que huía.

No sabia dónde se encontraba. El alma, ya lo hemos dicho, tiene sus ciclones, torbellinos espantosos, en los que se confunden el cielo, el mar, el día, la noche, la vida y la muerte en una especie de horror ininteligible. Lo real cesa de ser respirable. La nada se convierte en huracán, el firmamento se descolora, el infinito se vacía. Nos encontramos con estas ausencias y nos sentimos morir. Deseamos ver un astro. ¿Qué era lo que experimentaba Gwynplaine? El deseo vehemente de volver á ver á Dea. No pensaba en otra cosa. Regresar á la Green-Box y la posada Tadcaster, sonora, luminosa, llena de la risa cordial del pueblo, encontrar á Ursus y á Homo, volver á ver á Dea, volver á entrar en la vida.

Gwynplaine, apresurado, estaba ya cerca del Tarrinzean-field; más que andaba, corría. Sus miradas querían traspasar la oscuridad; éstas le precedían, buscando con avidez un punto en el horizonte. ¡Qué ansiedad tenia por des-

(1) Guardas.

cubrir las alumbradas ventanas de la posada Tadcaster! Por fin llegó al *bowling-green* y se encontró frente de la posada, pero á alguna distancia; ya recordarán nuestros lectores que la posada era la única casa que habia en el campo de la féria. Miró y no vió ni una sola luz. Se estremeció. Despues reflexionó que era muy tarde y que á tales horas debia estar ya cerrada la posada, que dormirían todos en ella y que era preciso despertar á Nicless ó á Govicum. Se decidió á llamar á la puerta, y se encaminó á ella precipitadamente.

Quando llegó á la posada no podia respirar, y se aproximó á ella haciendo el menor ruido posible. Conocía el cuarto contiguo á la sala baja, donde se acostaba antes el perro y despues Govicum, que tenia una ventana que caía á la plaza; Gwynplaine rascó el vidrio, creyendo que bastaba con despertar á Govicum, pero nadie se meneó en el cuarto. Tocó con suavidad por el reverso de la mano en la ventana. Le contestó el mismo silencio, que atribuyó al fuerte sueño del muchacho. Entonces dió dos golpes; tampoco le respondieron. Fué á la puerta de la posada y llamó. Nadie contestó.—Maese Nicless es ya viejo y tiene el sueño pesado. Llamemos más fuerte, se dijo. Sacudió la puerta, dando en ella récios golpes. Esto le trajo á la memoria el lejano recuerdo de Weymouth, cuando, siendo aun niño, llevaba en brazos á la pequeñuela Dea.

Llamó violentamente, como que era lord, pero la casa permaneció silenciosa, y se quedó admirado. Desechando ya todas las precauciones, llamó gritando: Nicless! Govicum!...

Al mismo tiempo dirigió la vista á las ventanas, pero no vió claridad alguna al través de ellas. No habia en la posada Tadcaster ni un ruido, ni una claridad; reinaba allí silencio profundo. Fué á la puerta cochera, llamó y despues la sacudió frenéticamente, gritando: ¡Ursus! Homo!

El lobo no gruñó.

Sudor corría por la frente de Gwynplaine. Miró á su alrededor. La noche era bastante oscura, pero brillaban algunas estrellas que le permitían reconocer el campo de la féria; al fijarse en él lo vió abandonado; no habia ya ni un solo barracon en todo el *bowling-green*, ni un circo, ni un tablado, ni una carreta. El murmullo que levantaban los vagabundos hormigueando aquí y allá,